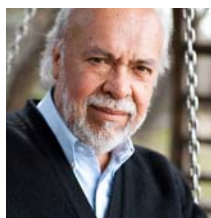


## ESTRENOS | CINE



POR  
Antonio Martínez

“Guasón” se supera a sí misma e incluso va más allá de sus posibilidades, gracias a la actuación portentosa de Joaquín Phoenix, con y sin maquillaje, incluso con sus costillas, omóplatos y espalda huesuda”.



## “Guasón”

### LA ACTUACIÓN PORTENTOSA



ES UNA CIUDAD GÓTICA REBALSADA DE CRIMINALES Y DESORDEN, también de pobres y desesperados, y para no dar tregua alguna en la descripción, lo último es una invasión de ratas, con el añadido de que son gigantes.

En ese caos y demolición, la misión de la película consiste en cerrarle puertas y encajonar a Arthur Fleck (Joaquín Phoenix), un hombre que trabaja como payaso, aspira a ser comediante de *stand up* y malvive con su madre enferma y postrada.

Cada puerta que se cierra —golpeado por una pandilla de adolescentes, despedido injustamente, humillado sobre un escenario y ahora sin ayuda social— son los peldaños que necesita para descender o ascender, según como se vea y lea, al nacimiento de Guasón, que tuvo una versión memorable con Jack Nicholson y otra con Heath Ledger, en lo que fue la mejor actuación de su corta vida.

El proceso acumulativo para que Guasón nazca y explote, ese mecanismo de relojería, es la herramienta que el director Todd Phillips utilizó en la comedia “¿Qué pasó ayer?” (2009), cuando con eficiencia y en otro género, desplegó una suma de desaguizados y recuerdos para una noche de borrachera y farra cada vez más fabulosa.

“Guasón” activa desde el comienzo la bomba de tiempo y lo hace sin matices y con extraordinaria eficiencia, como si cada secuencia encajonara un vagón tras otro, cargados de enfermedad, desprecio, delincuencia y varios carros con odio encima, y así, entonces, la película diseña un largo mapa de sufrimiento y despotismo para el personaje.

En ese proceso de acoso y derribo de Arthur Fleck, no solo está el presente de una Ciudad Gótica miserable y criminal, sino también el pasado, donde su familia, niñez y juventud lo predeterminaron.

La película le resta cualquier libre albedrío al pobre de Arthur, pero también a los espectadores, porque lo que cae encima es un mundo extremo, desigual y repleto de abusos, donde la historia se asienta sobre un escenario primitivo que es un llamado a viva voz a la selva y al primate.

“Guasón”, sin embargo, se supera a sí misma e incluso va más allá de sus posibilidades, gracias a la actuación portentosa de Joaquín Phoenix, con y sin maquillaje, incluso con sus costillas, omóplatos y espalda huesuda, también con la carcajada y hasta con los sonidos guturales que anuncian al monstruo que viene.

El director Todd Phillips es hábil, porque sabe lo que falta y donde ir a buscarlo: Robert De Niro como Murray Franklin, un rostro de televisión, es un evidente encuentro con dos de sus personajes en películas de Scorsese: el Rupert Pupkin de “El rey de la comedia” (1982) y el gesto de Travis Bickle en “Taxi driver” (1975), cuando convierte su mano en pistola, y dispara.

Esta es la historia de Arthur Fleck, y solo para resumir: un hombre sin vida interior.

Para cubrir ese enorme vacío llega Guasón.

“Joker”. EE.UU.-Canadá, 2019. Director: Todd Phillips. Con: Joaquín Phoenix, Robert de Niro, Zazie Beets. 121 minutos. Mayores de 14 años.

## “Perro bomba”



INSPIRADO EN SU PROPIO CORTOMETRAJE “La duda”, de 2017, el director Juan Cáceres hace un promisorio debut en el cine arte y ensayo con este potente filme. El joven haitiano Steevens (Steevens Benjamin) tiene su vida más o menos hecha en Chile. Trabajo, respeto de su

comunidad y unas trenzas que le hacen ver casi como un ídolo pop. Con una cámara segura y un afán casi documental, Cáceres filma con respeto a este protagonista y su entorno inmigrante y es valiente y osada su decisión de que casi todo el metraje esté hablado en creole: una manera sin duda eficiente de inducirnos a una realidad distinta a la chilena y de sumo interesante como es la de Steevens: un haitiano en ascenso en nuestra empinada pirámide social, hasta que comete una falta y debe empezar de nuevo. Tal vez con menos solemnidad de por medio, esta muy buena película habría tenido más estrellas: pero más allá del respeto y denuncia de la xenofobia que denuncia la película (aplausos para el cada vez más prolífico Alfredo Castro como un capataz racista), esta es una inmersión en lo que significa ser haitiano en Chile, para bien y para mal y todo armonizado con el peso de una noche santiaguina siempre punk, *underground* y callejera. Muy buena. **Drama. Chile. 2019. 90 minutos. T.E.**

STORYBOARD MEDIA



